

la *Vispera de los campesinos*; *El Divorcio*; *La union de los plebeyos*.

Teatro del Liceo de las Artes.—El regreso de la flota nacional.

Teatro de la República.—El Divorcio tártaro, comedia en cinco actos.

Teatro Francés, cómico y lírico.—Buzot, rey de Calvados.„

En los citados anuncios está completamente caracterizada la revolucion. Leyes inmorales haciendo pública ostentacion y óperas cómicas escritas sobre muertos. No hubiera querido ver prostituirse la noble reputacion de los poetas á los autores de esas farsas lúgubres; debia haber sido preferible para ellos la guillotina al teatro.

Despues de lo odioso viene lo risible. Volved la página del *Monitor* y os encontrareis con una sesion de los Jacobinos. Empieza así: "La Seccion de la Cruzroja, por temor de que esta denominacion perpetúe el veneno del fanatismo, declara al Consejo que ella la sustituirá por la denominacion de Seccion del Gorro-rojo." Declaro la exactitud de la cita.

Ejemplo de algo atroz y ridículo al mismo tiempo. Leed una carta que el representante Dumont escribió á la Convencion el 1.º de Octubre de 1793: "Ciudadanos colegas, os describí hace dos dias la situacion en que se encuentran los *sansculottes* de Bolonia y la criminal gestion de los administradores y de los empleados municipales. Lo mismo sucede en Montreuil, pero en esta última ciudad he aplicado mi excelente remedio; la guillotina. Despues de usar de este remedio con gran satisfaccion de todos los patriotas, he tenido el gusto de oír cómo gritaban ¡*Viva la montaña!* Cuarenta y cuatro carretas han pasado por delante de mí conduciendo á los que iban á ser guillotinaados."

El *Monitor*, libro á propósito para hacer meditar, es quizá la única enseñanza que nos haya quedado de treinta años de desgracias. Nuestra revolucion de barro y de sangre ha dejado un monumento único é indeleble, un monumento de tinta y de papel.

Los asesinatos populares ó jurídicos ensangrentaron más de una vez el armio del primer presidente del Parlamento de Paris.

La historia recogerá el hecho singular de que el primero que desempeñó este cargo, Simon de Bucy, para el que fué instituido en 1440, y el último que lo des-

empeñó, Bochart de Saron, fueron los dos víctimas de los movimientos revolucionarios. Fatalidad que es digna de meditarse.

El historiador que se deja dominar por la historia y que no sabe abarcar su conjunto, tiene que sumergirse indudablemente en los detalles.

Simbad el marino, ó yo no recuerdo qué otro personaje de las *Mil y una noches*, encontró un dia, á la orilla de un torrente, á un viejo extenuado que no podia atravesarlo. Simbad le prestó el socorro de sus espaldas, y afianzándose en ellas el buen hombre con vigor diabólico, se convirtió de repente en el más imperioso y el más terco de los ginetes.

Precisamente este es el caso en que se encuentra el aventurero que pretende llevar á la espalda el tiempo pasado para hacerle atravesar el Leteo, ó lo que es igual, escribir la historia. El quisquilloso viejo le marca, con caprichosa minuciosidad, un camino tortuoso y difícil, y si el que le lleva á hombros se esclaviza á sus órdenes y no tiene bastante fuerza para emprender el camino más recto y más corto, le ahogará el viejo maliciosamente en el rio.

FRAGMENTOS DE CRÍTICA

á propósito de un libro político escrito por una mujer.

I.

El bailío Molino, hablando un dia con el famoso Ahmed Pachá, le preguntó por qué Mahoma prohibia beber vino á sus discípulos. Por qué nos lo prohíbe? exclamó el vencedor de Candia; para que encontremos más gusto en beber.

En efecto, no hay ataque tan contundente como esta defensa, y desde Marcial, que cantaba á su favorita *Galla, nega, satiatur, amor*, hasta el severo Catón, que echaba de menos á su mujer cuando ya no la tenia á su lado, no hay ningun asunto sobre el que los hombres de todos los tiempos y lugares se manifiesten tan dignos hijos de nuestra madre Eva.

No quisiera que se prohibiera en absoluto que escribieran las mujeres, porque ese seria el mejor medio para que todas quisieran tomar la pluma: por el contrario, quisiera que se las mandase expresamente escribir como á los sábios de las Universidades de Alemania, que llenaron toda la Europa de doctos comen-

tarios, pero de los que ya nadie se ocupa desde que se les obligó á escribir un libro cada año.

Es, en efecto, chocante, pero poco notada, la progresion espantosa en que se ha desarrollado el espíritu femenino desde hace ya bastante tiempo. En la época de Luis XIV las mujeres tenian amantes y traducian á Homero; en el reinado de Luis XV tenian amigos y comentaban á Newton; en el de Luis XVI existió una mujer que corregia á Montesquieu á la edad en que el sexo femenino solo sirve para hacer vestidos á las muñecas. Ahora pregunto: dónde vamos? ¿qué nos anuncian esos prodigios? ¿qué nuevas revoluciones se preparan?

Me atormenta una idea, que con frecuencia nos ha preocupado á mis amigos y á mí, idea tan sencilla y tan natural, que me asombra que no se le haya ocurrido á un siglo tan ocurrente.

Esta idea consiste en calcular, al ver la emancipacion gradual del sexo femenino, hasta dónde éste podria llegar, si de repente tuviera el capricho alguna cabeza exagerada de arrojar en la balanza política á la mitad del género humano, que hasta aquí se ha resignado á reinar en el seno de la familia. ¿No pueden cansarse las mujeres de seguir constantemente el destino de los hombres? ¿governamos nosotros bastante bien para que ellas pierdan la esperanza de gobernar mejor? ¿les gusta tan poco dominar, para que creamos razonablemente que no llegue un dia que tengan deseos de dominarnos? Verdaderamente cuanto más medito en esto, más me convenzo de que estamos al borde de un abismo. Ciertamente están de nuestra parte los cañones y las bayonetas, y nos parece que las mujeres no pueden disponer de grandes medios revolucionarios: esto, que tranquiliza á los demás, á mí me espanta.

Es conocida la inscripcion terrible que colocó Fonseca en el camino de la torre del Greco: *Posteri, posterí, vestra, res, agitur*. La torre del Greco no existe, pero la piedra profética se conserva aun.

Del mismo modo trazo yo estas líneas con la esperanza de que las lea, si no mi siglo, la posteridad. Me servirá de satisfaccion que, cuando las desgracias que preveo se realicen, sepan al menos nuestros nietos que en la Troya nueva existió un Casandra, que vivia en el último piso de la calle de Mezieres, número 10. Y si es preciso que yo deba ver durante el curso de mi vida los hombres convertidos

en esclavos y el universo otra vez con andadores, podré siquiera jactarme de mi sagacidad, y si llega ese caso, no será el primer hombre honrado que se consuele de una desgracia pública pensando que la habia predicho.

II.

La política, decia Carlos XII, es para mí la espada; la política es el arte de engañar, segun Maquiavelo, y segun la señora M***, debe ser el medio de gobernar á los hombres con la virtud y con la prudencia. La primera definicion es propia de un loco, la segunda de un malvado y la tercera es la única opinion honrada; ¡lástima que sea tan vieja y que se haya aplicado tan pocas veces!

Despues de dar esa definicion, la señora M*** expone el origen de las sociedades. Juan Jacobo cree que empiezan por un plantador de estacas y Vitrubio por un gran viento, quizá porque el sistema de la familia le pareció demasiado sencillo. Con el buen sentido que posee la mujer, que es superior al génio de los filósofos, la autora se satisface con buscar el principio en la naturaleza misma del hombre, en sus afecciones, en su debilidad y en sus necesidades. Todo ese pasaje denota mucha erudicion y gran sagacidad. Es curioso ver que una mujer cita á Locke y á Séneca, el *Espíritu de las leyes* y el *Contrato social*; pero es más notable todavía el acento de buena fé y razonable, al que no estamos acostumbrados, y que contrasta extrañamente con el tono rudo y salvaje que han adoptado hace tiempo los preceptores del género humano.

La autora, siguiendo el curso de sus ideas, se ocupa en seguida de los jefes de las sociedades. Se ha escrito muchísimo sobre los deberes de los reyes, mucho más que sobre los deberes de los pueblos. Ha sucedido con los retratos de los buenos soberanos como con las pirámides colocadas á las orillas de los caminos de Méjico, á las que cada viajero creia tener obligacion de llevar una piedra. Parece que hasta los mismos filósofos se hayan puesto de acuerdo para inventar nuevas virtudes con que dotar á los príncipes; probablemente porque los príncipes están expuestos á más flaquezas que los demás hombres, y como si presentarles un modelo incopiable fuese para dispensarles de llegar hasta él. La autora no cae en estos excesos. Comprende que un monarca puede ser

bueno sin poseer cualidades sobrehumanas; no parte del ideal de una monarquía perfecta para vituperar á los reyes vivos, ni de los reyes vivos para vituperar á la monarquía en absoluto, que es la gran petición de principios sobre la que rueda sin cesar la filosofía del siglo diez y ocho. Cita la autora, por creer que encierra las obligaciones que debe tener un soberano, la instrucción que Gustavo Adolfo recibió de su padre. La historia menciona muchas instrucciones semejantes, que los reyes dejaron á sus sucesores, pero esta es notable, porque quizás es la única con la que el sucesor haya estado conforme. Hé aquí algunas de sus curiosas cláusulas:

“Que el rey emplee su sutileza y su industria para no engañar ni ser engañado.

“Que sepa que la sangre derramada del inocente y la sangre del malvado que no se derrama piden igualmente venganza.

“Que no aparezca nunca inquieto ni apesadumbrado más que cuando alguno de sus buenos servidores muera ó caiga en alguna falta.

“En fin, que en todos sus actos se conduzca de tal manera que se conozca que se sacrifica por Dios.”

Cárlos IX, en esta instrucción, se ocupa ligeramente del peligro que pueden ocasionar los aduladores; pero quizás los reyes conocen menos que sus vasallos los inconvenientes. Quizás esto dió ocasión á Montesquieu para exponer su teoría sobre el clima, especie de llave falsa que sirve para forzar la cerradura de todos los problemas de la historia. “Acercándose hácia el Mediodía, dice, los ejemplos del favoritismo son más frecuentes; bajo el cielo enervante del Asia y del Africa, raras veces los príncipes reinan por sí mismos; por el contrario, en los pueblos del Norte el clima es tónico, y vemos en ellos muchos más tiranos que favoritos.” Quizá esta observación se destruiría por sí misma si estuviéramos más instruidos en la historia; no estándolo, nos inclinamos á considerarlo todo como ciencia, hasta nuestra ignorancia.

Existe en uno de los antiguos manuscritos del siglo trece, atribuido á Felipe de Mayzieres, un pasaje que puede servir de complemento á la instrucción del monarca sueco. De este modo la reina Verdad habla á Cárlos VI en el *Sueño del viejo peregrino, dirigiéndose al halcón blanco, de pico y piés dorados*:

“Guárdate siempre de los caballeros

que tienen por costumbre desplumar á los reyes por medio de útiles prácticas y que recitan con frecuencia el proverbio del mariscal Bouciquault, que dice: “Solo hay pescadores en el mar, como solo se pescan dádivas de los reyes; desconfía de los que te adulan y que sacan de tí tanta agua para su molino, que bastaría á poner en movimiento á treinta y siete molinos,” etc.

Cito este pasaje por tres razones: 1.^a porque prueba que en los tiempos góticos no se hablaba á los reyes con tanto servilismo como quieren hacernos creer; 2.^a porque dá origen á un proverbio que puede ser útil á los anticuarios; 3.^a porque puede servir para resolver una cuestión hidráulica probando que los molinos de agua existían en 1389; lo que siempre es una enseñanza para los que no saben que se conocen desde tiempo inmemorial.

III.

Después de haberse ocupado de las sociedades en general, la señora M*** consagra un capítulo á la guerra, esto es, á la relación más ordinaria de las sociedades humanas entre sí.

Este capítulo era difícilísimo para escribirlo una mujer; pero al menos la autora, como en toda la obra prueba, posee conocimientos poco comunes y establece hábilmente la distinción entre las guerras permitidas y las guerras injustas, colocando razonablemente entre las últimas las guerras de conquista.

“Se diferencian los conquistadores de los ladrones de los caminos reales, dice un autor notable que cita la señora M***, en que el conquistador es un ladrón ilustre y el otro es un ladrón desconocido; el uno recibe laureles é incienso en pago de sus violencias y el otro la horca.” Se necesita ser muy filósofo para escribir esas líneas con la misma mano que se firmó la toma de posesión de Silesia.

La autora se para en cuanto llega al famoso axioma: “El dinero es el nervio de la guerra,” axioma que la señora M*** atribuye á Quinto-Curcio, pero que encontrará después en Vegece, en Montecuculli, en Santa Cruz y en todos los autores que escriben sobre la guerra. El nervio de la guerra no es el dinero, replica la autora, es el hierro. Estamos de acuerdo: nadie se bate con escudos, sino con soldados; y esta cuestión queda reducida á saber si es más fácil tener soldados con dinero ó sin dinero. El primer

medio será el más económico, pero este no era del agrado de Sully.

En Grocio leí la siguiente definición de la guerra: “La guerra es el estado de los que tratan de arreglar sus diferencias por medio de la fuerza.” Indudablemente así se puede definir el duelo. Pero así como á los que se desafían se puede decir que van á la muerte sonriendo, puede decirse lo mismo de los que van á la guerra. Antes de la revolución se degollaba con el sombrero en la mano. El gran Condé tomaba por asalto á Lérida llevando treinta violines al frente de sus columnas, y en los campamentos de Ettingen y de Clorter-Severne, algunos jóvenes oficiales iban á servir las baterías como si fueran á un baile, con medias de seda y con peluca empolvada.

Un día tuvo Rousseau la humorada de sostener una verdad; esto era cosa nueva para él. Se encarnizó en su defensa como si se ocupase de una mala causa y recurrió á citar autores acreditados, como los que no encuentran buenas razones para defenderse; á propósito del duelo citó autores antiguos. Probablemente no había leído á Quinto-Curcio. Si lo hubiera leído sabría que no hubo ningún festín en casa de Alejandro, y que solo se verificaron combates singulares entre los convidados. No fué otra cosa el combate entre Eteoclo y Polinice.

IV.

Si en todas las sociedades existe la guerra, no puede haber guerra sin ejército; y esto justifica plenamente que la autora se ocupe detalladamente en otro capítulo de los pormenores de un campamento. La señora M*** es la primera de su sexo que se ha ocupado de esta materia después de la amazona de Eon, y no lo digo esto para establecer un paralelo entre ambas, sino por notar este parecido bibliográfico.

La que ha escrito el libro de que nos ocupamos, como todos los autores militares, se manifiesta partidaria de la obediencia absoluta; los filósofos han citado con frecuencia esta cuestión, pero esta cuestión se resuelve perfectamente todos los días en la llanura de Grenelle.

Sobre esta materia la autora pudo citar la opinión singular de Hobbes: “Si nuestro señor, dice, nos manda cometer una acción culpable, debemos ejecutarla, á no ser que esta acción pueda atribuirse á nosotros.” Bajo este punto de vista

se comprende que Hobbes reglamente las acciones humanas por medio del egoísmo.

La señora M*** expone algunas de las cualidades que debe poseer el verdadero capitán, tomándolas de Folard. Desconfío por mi parte de definiciones tan perfectas, de las que solo se pueden encontrar excepciones en la naturaleza. Espanta ver la nomenclatura de los estudios preparatorios que tiene que aprender el aprendiz de general; pero ¿cuántos generales excelentes hay que no saben leer? Parece que la primera condición, la condición *sine qua non* de todo hombre que se destine á la guerra, debe ser tener buena vista, ser robusto y valiente; pues bien, muchos grandes guerreros fueron tuertos ó cojos. Filipo era tuerto, cojitranco y manco; Agesilao era cojo y contrahecho; Anibal tuerto; Bayaceto y Tamerlan, los dos rayos de la guerra de sus tiempos, el uno era tuerto y el otro cojo; el mariscal de Luxemburgo era jorobado. Parece que la misma naturaleza, para burlarse de nosotros, quiso crear el fenómeno de un general totalmente ciego que guió á un ejército, lo llevó á las batallas y consiguió victorias; ciego era Ziska, jefe de los Husitas.

V.

El Senado marcha ante Varron, que se ha fugado de la batalla, y le dá las gracias por no haber desamparado á la República; qué prueba esto? Que la facción que nombró general á Varron, para quitarle el mando á Fabio, fué bastante poderosa para poder impedir que se castigase al general fugitivo. Hasta quiso que le nombraran dictador, para impedir que Fabio, el único hombre que pudo salvar la República, fuese colocado al frente del gobierno. Este proceder, si no es heroico, á lo menos es natural. Si después de la derrota de Moscou, Bonaparte hubiera querido, el Senado en corporación hubiera marchado delante de él.

El Senado declara que no rescatará á los prisioneros. Qué prueba esto? Que el Senado no tenía dinero. Obró como muchos hombres romanos, que no son romanos, y fué cruel para no aparecer pobre. Efectivamente, no podía acusar de cobardía á los soldados que se batieron desde que el sol salió hasta que se puso, y que dejaron sesenta mil muertos en el campo de batalla. Estos son hechos, y en historia los hechos valen más que las frases.

Este pasaje que acabo de citar lo escribe Folar.

Se nos objetará presentándonos el testimonio de Montesquieu; pero Montesquieu, que escribió un hermoso libro sobre las causas de la grandeza y de la decadencia de los romanos, olvidó una de las causas; la de que la caballería de Aníbal estaba muerta de cansancio el día que acampó á cuatro millas de Roma. Es curioso ver que un francés encuentra en los romanos cosas que ni Salustio, Ciceron, Tácito, ni Tito Livio sabian, y sin embargo, los romanos eran algo parecidos á los franceses, respecto á alabarse y á tener buena opinion de ellos mismos.

Los historiadores que solo escriben para brillar encuentran en todas partes crímenes y génio; necesitan ver siempre gigantes, pero sus gigantes son como las girafas, grandes por delante y pequeños por detrás. Por regla general es ocupacion entretenida la de averiguar las verdaderas causas de los acontecimientos; nos agrada y nos admira ver el manantial del rio; recuerdo aun la alegría que experimenté en mi infancia al pasar por encima del Ródano. Parece que la Providencia se complace en presentarnos el contraste que ofrecen las causas y los efectos. Una corneja transportó la peste á Italia y disecando á un raton se descubrió el galvanismo.

“Lo que me disgusta, decia una mujer, es que lo que estoy viendo será mañana historia.” Pues bien, lo que disgustaba á esa mujer es historia hoy, y vale tanto como otra cualquiera. ¿Qué podemos deducir de esto? Que los objetos se agrandan en la imaginacion del hombre como las rocas entre las nieblas, á medida que los objetos se van separando de él.

Marzo, 1820.

Apenas hace seis semanas que fué asesinado el duque de Berry. Apenas está cerrada su tumba de San Dionisio, y las oraciones fúnebres y las apologias llueven sobre ella. Se escriben truncadas, incorrectas y de mala manera, llenándolas de adulaciones necias y sonoras, pero sin conviccion ni verdadera pesadumbre. El objeto, sin embargo, lo merecia, y debia prohibirse que se ocuparan de asuntos grandiosos gentes de poca valía. Habia en los templos de la antigüedad algunos vasos sagrados que las manos profanas no podian tocar.

Efectivamente, ofrece vasto y fecundo asunto para el poeta la vida piadosa y

guerrera, que abarca deplorables acontecimientos, y la muerte heroica y cristiana, que entraña fatales consecuencias. Gran triunfo debe obtener el notable escritor que describa la corta carrera y el carácter caballeresco del que quizás será el último descendiente de Luis XIV. Dicho príncipe, rechazado desde su adolescencia del suelo de la patria, pasó antes de tiempo el rudo aprendizaje de las armas. Las primeras y durante mucho tiempo únicas prerogativas, que debió á su augusto rango, fueron el destierro y la proscriccion, pasando desde el palacio al campamento, ya recogido en las tiendas de campaña de Austria, ya andando errante en las armadas de Inglaterra: ofreció durante muchos años, como su ilustre familia, el vivo ejemplo de la inconstancia, de la fortuna y de la ingratitud de los hombres. Mucho tiempo entre jefes extranjeros estuvo peleando contra soldados que habian nacido para servir á sus órdenes; pero jamás su constancia y su bravura desmintieron su raza ni el nombre de sus abuelos. Fué digno discípulo del heredero de los Condes, desterrado como él y digno capitán de la antigua familia de los gentilhombres que fueron proscritos con sus reyes. En aquellos tiempos de guerra el pan del soldado equivalia á sus ojos al festin de los príncipes, y á falta del lecho real, sabia conquistar durante el día el cañon sobre el que reposaba por la noche. Regresando al fin á los pueblos que gobernaban sus padres, no estaba destinado á gozar apaciblemente la dicha que la augusta union parecia prometerle, duradera para él y eterna para nuestra posteridad. Despues de cuatro años de vida popular y benéfica, el más jóven de los últimos Borbones, en el que la nacion cifraba su cariño y sus esperanzas, murió asesinado por el puñal de un francés; y el leal hijo del Bernais, destinado sin duda á mandar nuestro bravo y fiel ejército, quizá futuro jefe de las heroicas llanuras de la Vendée, ha muerto en la flor de la edad, sin alcanzar siquiera el consuelo de espirar, como Epaminondas, extendido sobre su escudo.

Cuando el historiador de tan noble vida recuerde el último perdon y los últimos adioses, debe remontarse, ó mejor dicho, descender hasta la causa y hasta los autores de tan abominable delito. Que escuche entonces, para desenredar tramas tenebrosas, que escuche á la Francia desesperada, que le gritará como

la emperatriz romana: *Reconozco las puñaladas.*

No nos empeñaremos ahora en una discusion que sobrepuja á nuestras fuerzas, pero creemos que hay cuestiones graves é importantes que debe resolver el historiador del asesinado duque de Berry acerca del miserable autor del atentado. Las cuestiones son las siguientes: si Louvel es un fanático, ¿de qué especie es su fanatismo? ¿pertenece á la clase de asesinos exaltados y desinteresados como los Saud, los Ravailiac y los Clement? ¿O es acaso de la clase de hombres cuyo fanatismo se propaga, añadiendo á la recompensa convenida la seguridad de salvarse y de ser protegidos? Al llegar aquí no nos atrevemos á pasar adelante. Parece que en la actualidad no haya derecho de asombrarse de las cosas más inauditas. Vemos execrables malvados pasear ante toda Europa su impunidad, más monstruosa quizá que sus crímenes, y su audacia, más aterradora aun que su impunidad. Necesitará tambien, para realizar completamente su objeto, el autor célebre que escriba la historia del duque de Berry, encargarse de cumplir otro deber, humillante acaso, pero sin embargo indispensable; tendrá que defender la heroica memoria del príncipe de las insinuaciones pérfidas y de las calumnias atroces con que el bando enemigo de los tronos legítimos pretende deshonorarla. En otros tiempos semejante tarea hubiera sido injuriosa para el real difunto, cuya franqueza, bondad y bravura solo son comparables con las virtudes de Enrique IV. Pero hoy, que una faccion regicida incienza á los ídolos más abominables, nos vemos obligados todos los días, nosotros los verdaderos liberales y los verdaderos realistas, á defender de imprudentes aclamaciones las glorias más nobles, las reputaciones más puras y más irreprochables. Nos vemos obligados todos los días á defender de los nuevos insultos que se prodigan á los Pichegru, á los Catalineau, á los Moreau y á los La-Rochejaquelein. A cada nuevo ataque empezamos nuestra penosa defensa, sin abrigar la esperanza de que una voz indignada y generosa nos interrumpa, gritando como aquel hombre de la antigua Grecia: “¿Quién se atreve á ultrajar á Alcides?”

Abril, 1820.

Estos días se ha publicado una coleccion de *Cartas de la señora de Graffigny*

sobre Voltaire y sobre Ferney. Esta obra dá mucho menos de lo que promete su título. El nombre de Voltaire, colocado al frente de cualquier libro, inspira tan viva curiosidad, que es muy difícil satisfacerla. Parece que la vida privada de Voltaire debia ofrecer al lector multitud de detalles interesantes y curiosos, si el carácter de ese escritor extraordinario se reprodujese con fidelidad, con su original movilidad y sus bruscas desigualdades: parece tambien que el pincel fino y delicado de una mujer debe ser el más capaz de apoderarse de los matices varios de que se compone la fisonomía moral del hombre universal, sobre todo tratándose de sus relaciones con la imperiosa marquesa de Chatelet. Hubiera sido curiosísimo, y quizá más fácil para una mujer que para un hombre, desentrañar las causas de este amor caprichoso, que convirtió á un hombre de génio en esclavo de una mujer de talento, que resistió durante mucho tiempo los altercados fatigantes y las violentas querellas que hacian nacer inopinadamente y á todas horas la irascibilidad del uno y el orgullo de la otra. Si la coleccion de cartas de Voltaire á su *respetable Emilia* no hubiera desaparecido, podríamos aun tener esperanza de conocer la clave del enigma, ya que las cartas de la señora Graffigny no nos dan ninguna noticia nueva sobre este punto.

Debemos decir y creer, por honrar su nombre, que el autor de las *Cartas Peruanas* no las escribió con la idea de que se imprimiesen. Madame de Graffigny carece del talento de observacion, sobre todo respecto á los grandes hombres; su estilo insípido perjudica al interés del asunto. Cuando la señora de Graffigny llega á Cirey en 1738, dirige á su amigo Devaux, lector del rey Estanislao de Polonia, reflexiones sobre los habitantes de dicho castillo. Devaux, al que en la intimidad de su correspondencia llama Pampán y algunas veces Pampichon, recibe estas confidencias sobre Voltaire y la marquesa, que la autora designa con muchos pseudónimos, pero todos estúpidos; inserta en seguida en estilo nimio un diario detallado de todas sus ocupaciones. No debe, sin embargo, rechazarse este libro, porque, á pesar de sus repeticiones y de sus detalles de mal gusto, encierra hechos curiosos é ignorados, y los fragmentos inéditos de Voltaire que contiene, y que completan el volumen, son suficientes para llamar la atencion,

Entre las cincuenta cartas hay muchas interesantes, dirigidas casi todas á personajes eminentes del último siglo, como por ejemplo: A las duquesas del Maine y de Aguilon, á los duques de Richelieu y de Praslin, al canciller D'Ageseau, al presidente Henaul, etc. Las cartas á la duquesa del Maine forman una correspondencia inédita, curiosa é interesante. También se encuentra en esta colección una carta dirigida al Papa Benito XIV, escrita en italiano y firmada por el *devotísimo* Voltaire. Para citar algo del libro, transcribiré una carta de hermosa forma dirigida al conde de Choisseul, que entonces era ministro. Reconoceréis en pocas palabras el estilo del notable escritor lleno de ideas nuevas y picantes. Es difícil huir de un modo tan original de las formas banales y ceremoniosas de las recomendaciones de la corte:

"Permitidme que os entere de lo que acaba de sucederme con Makanarfey, gentil-hombre inglés, muy jóven, y sin embargo, muy prudente, muy instruido, y sin embargo, modesto; muy rico, y sin embargo, muy familiar, y que ocupará muy pronto en el Parlamento un sitio mejor que otro cualquiera. Me negó que habeis sido bondadoso conmigo: yo me incomodé, por lo que hice alarde de vuestra proteccion; entonces me respondió que si le decia la verdad se tomaria la libertad de escribiros; ya sabeis que mis pasiones son vehementes; perdonadme, monseñor, el celo, el apasionamiento y el profundo respeto de este viejo montañés."

El *viejo montañés* es un buen cortesano como acabamos de ver. En la mayor parte de sus cartas se vé su alegría comunicativa, su vivacidad, y en muchas de ellas la temeridad de juicio, la adulacion hábil, la burla, ya ligera, ya mordiente, que dan á conocer la prosa inimitable de Voltaire.

Sobre un poeta aparecido en 1820.

Mayo, 1820.

I.

Quizá os riais de mí, hombres de mundo y hombres de letras, contemporáneos míos, porque os voy á decir que acaso no se encuentra uno entre vosotros que comprenda lo que es un poeta. ¿Le encontraré en vuestros palacios? ¿Le encontraré en vuestros sitios de retiro?

Desde luego, como ha dicho una boca elocuente, ¿no es la primera condicion del poeta *no calcular jamás el precio de una bajeza ó el salario de una mentira?* Poetas de mi siglo, ¿semejante hombre se encuentra entre vosotros? ¿forma entre vuestras filas el hombre que posee el *os magna sonatorum*, la boca capaz de decir grandes cosas, la *ferrea vox*, el hombre que no sucumbe ante los caprichos de un tirano ó ante los furoros de una faccion? ¿no habeis sido todos, por el contrario, semejantes á las cuerdas de la lira, cuyo sonido varia cuando el tiempo cambia?

II.

Entre vosotros veo que se encuentran hombres emancipados, dispuestos á invocar la libertad silenciosa, despues de haber deificado el despotismo; se encuentran tráfugas, dispuestos á adular al poder despues de haber cantado á la anarquía; insensatos que ayer besaron cadenas ilegítimas y que, como la serpiente de la fábula, quieren ahora romper sus dientes en el freno de las leyes; pero entre vosotros no se encuentra ningun poeta. Porque para los que no prostituyen los títulos, ni su espíritu recto, ni su corazon puro, ni su alma noble y elevada, no existe el verdadero poeta. Tenedlo entendido; no porque yo lo diga, que yo nada significo, sino porque lo dicen todas las gentes que raciocinan y que piensan. Confesaré, pues, que he buscado hasta ahora á mi alrededor á un poeta y que no lo he encontrado; esto quizá depende de que existe en mi imaginacion un modelo ideal que quisiera describiros, y como el ciego Milton, tengo tentaciones algunas veces de cantar al sol que no veo.

III.

El otro dia estuve hojeando un libro que acaba de publicarse sin nombre de autor, con este sencillo título: *Meditaciones poéticas* (1). Era un libro de versos.

En ellos encontré algo de Andrés Chenier. Continué hojeándolo é involuntariamente establecí un paralelo entre el autor de este libro y el desgraciado cantor de la *Jóven cautiva*; en los dos se encuentra la misma originalidad, la misma frescura de ideas, el mismo lujo

(1) Primer tomo de poesías que publicó Lamartine.— (N. del T.)

de imágenes nuevas y verdaderas; pero el uno es más grave y más místico en sus pinturas, y el otro tiene más alegría, más gracia, pero menos gusto y menos correccion: el amor inspira á los dos; pero en Chenier este sentimiento es siempre profano, y en el autor con quien le comparo, la pasion terrestre se purifica siempre por medio del amor divino.

El primero se ha consagrado á dar á su musa las formas de la musa antigua; el segundo, que adopta con frecuencia el estilo de los Santos Padres y profetas, no se desdeña algunas veces de imitar el númen fantástico de Ossian y las hadas aéreas de Kloposck y de Schiller. En una palabra, para comprender las diferencias que los separa, que son bastante insignificantes, diré que el primero es romántico entre los clásicos y el segundo es clásico entre los románticos.

IV.

Al fin han aparecido poemas de un verdadero poeta y versos que son poesías.

Leí, devoré este libro singular, y á pesar de los descuidos, de los neologismos, de las repeticiones y de la oscuridad que encuentro alguna vez, tuve intenciones de decir al autor:—Valor, jóven inspirado; perteneceis á la raza que Platon queria colmar de honores y desterrar de su República. Debeis esperar tambien ser desterrado de nuestra tierra, supeditada por la anarquía y por la ignorancia; pero no os faltará en vuestro destierro el triunfo que Platon concedió al poeta: la palma, el clarin de la fama y la corona de flores.

Teatro.

I.

Se llama *accion* en el teatro la lucha de dos fuerzas opuestas; cuanto más se contrabalancean estas fuerzas, más incierta es la lucha, más alternativas hay de temor y de esperanza; en una palabra, encierra más interés. No debe confundirse el interés que nace de la accion con otra clase de interés que debe inspirar siempre el héroe de la tragedia, y que consiste en un sentimiento de terror, de admiracion y de piedad. De modo que puede suceder muy bien que el principal personaje de una obra dramática excite el interés porque su carácter sea noble y su situacion comprometida, y que, sin embargo, la pieza carezca de in-

TOMO IV.

terés, porque no se sucedan en ella las alternativas de temor y de esperanza. Si esto no fuese cierto, cuanto más se prolongase una situacion terrible seria más hermosa, y el colmo de lo sublime de la tragedia seria la situacion del conde Ugolino, encerrado en una torre con sus hijos para morir en ella de hambre: escena terrorífica y monótona, que obtuvo mal éxito hasta en la misma Alemania, que es el pais de los pensadores pacienzudos y profundos.

II.

La obra dramática, en que la incertidumbre de los acontecimientos solo nace de la incertidumbre de los caracteres, no puede ser tragedia de verdadera fuerza. Este es si se quiere el espectáculo que ofrece la vida humana; los grandes efectos producidos por las pequeñas causas: así son los hombres, pero en el teatro se necesita que sean ángeles ó gigantes.

III.

Hay poetas que inventan resortes dramáticos, pero no saben ponerlos en juego, y se parecen al artesano griego, que no tuvo bastante fuerza para tender el arco que habia forjado.

IV.

El amor en el teatro debe figurar siempre en primera línea y sobre todas las vanas consideraciones que modifican ordinariamente las voluntades y las pasiones de los hombres. El amor es la cosa más insignificante del mundo si no es la más grande. Se me objetará que segun esta hipótesis, el Cid no debia batiarse con D. Gormaz. Pero esa objecion no tiene fuerza: el Cid ama á Jimena, y prefiere incurrir en su cólera que en su desprecio, porque el desprecio mata al amor. El amor, para las grandes almas, es un afecto celeste.

V.

El desenlace de *Mahoma* es más erróneo de lo que se cree generalmente: basta para convencerse de esto compararlo con el desenlace de *Britanicus*. La situacion es parecida. En las dos tragedias aparece un tirano que pierde su favorita en el momento en que cree estar más seguro de su posesion. La tragedia de